

En torno a unas frases de Jordi Pujol

Trabajador de la enseñanza: más allá de lo estrictamente laboral

Jaume Rodríguez

El 7 de diciembre, pocos días antes de las primeras elecciones en la enseñanza pública, «El País» publicaba un resumen del discurso de Jordi Pujol, en su calidad de secretario general de CDC, en unas jornadas de enseñanza de su partido (ver en recuadro aparte). En ellas se refería muy despectivamente a los maestros actuales.

Estas palabras produjeron gran indignación entre los enseñantes de Cataluña. El primero en contestarlas públicamente fue Fernando Lezcano, como secretario general de la Federación de Enseñanza de CC.OO. de Cataluña. Posteriormente aparecieron otras cartas y escritos contestando unas frases que en muchos casos se consideraban simplemente insultantes. Incluso Paulo Freire, en una visita a Barcelona, hizo alusión negativa

a lo de «maestros tristes, que predicán la tristeza y que sólo enseñan a morder».

Nadie puede asegurar que estas palabras fueron dichas con intención de ser publicadas. Pero algunos piensan que, no teniendo Pujol un pelo de tonto, es difícil que se le escapase su posible reproducción y que su intención era crear una atmósfera -especialmente entre los padres- contraria a los maestros de la enseñanza pública, quienes en general no le han demostrado gran aprecio. Otros piensan que son una expresión exacta de lo que piensa, pero que fueron dichas sin contar con la presencia de Daniel Capella, periodista de «El País».

Como que la polémica iba tomando carácter de escándalo, Pujol publicó en el diario «Avui» del domingo 10 de enero siguiente (primer día antes de comenzar las clases) un artículo titulado «Qué es el que vaig dir». Este artículo volvió a ser reproducido en el primer número de la nueva revista del Departamento de Enseñanza de la Generalitat «Crònica d'Ensenyament». Como no es en absoluto frecuente que el presidente escriba artículos (yo no recuerdo ningún otro), hemos de pensar que acabó dando mucha importancia a este pequeño escándalo.

En el artículo aclaratorio yo no veo que desmienta las frases reproducidas en «El País» y, por tanto, más bien debería haberse titulado «Qué es el que jo hagués volgut dir». En él simplemente se matizan las expresiones mucho más.

Aceptando (lo cual ya sería mucho aceptar) que pueda haber un lenguaje para los amigos y otro para el público en general (cosa que realmente yo no acepto para nadie, porque sería aceptar la esquizofrenia social en que vivimos), sigue habiendo en sus nuevas palabras algunas que me siguen molestando. Concretamente, son las siguientes: «...un mestre, si be també és un **treballador del'ensenyament**, ha de tenir una actitud vocacional professional en qué els elements de servei sócio-educatiu ultrapassen l'estricta definició laboral. Crec, sincerament, que el mestre que només posa l'accent en aquesta

definición laboral queda curd en el seu paper de mestre» (evito traducir, y no creo necesario excusarme).

Precisamente porque aquí sí que no hay malos entendidos, ni improvisación ni posibles matices de traducción, podemos considerar que se refleja el pensamiento de Pujol (y, por extensión, de la derecha española, que le admira). Es el concepto de trabajador en su sentido restringido («... en esta definición laboral»).

Cuando nos consideramos **trabajadores** de la enseñanza, o somos miembros de Comisiones **Obreras**, damos a las palabras «trabajador» u «obrero» su sentido de clase; sentido que aunque no sea el más usual en el lenguaje corriente, es un sentido perfectamente extendido y claro. El campo semántico de estas palabras -y de cualesquiera otras- no puede separarse de su uso en el lenguaje concreto. Por ello, como trabajadores de la enseñanza podemos -y debemos- hablar de la reforma de la enseñanza sin que tengamos que reagruparnos en función de nuestra titulación o por razones «profesionales y vocacionales».

Se dirá que los trabajadores de una fábrica no suelen hablar sobre la materia de su producción. Esto no es totalmente cierto, porque muchos trabajadores sí lo hacen. Y, como organización, recuerdo por ejemplo la denuncia que hicieron las Comisiones Obreras de SEAT de Barcelona, hace muchos años, de una serie de coches defectuosos, dando datos para conocimiento de los usuarios.

Y si esto es poco frecuente, la causa está más en la política de la empresa de no participación de los trabajadores, como tales, en cualquier decisión importante y, por tanto, a la falta de información de los trabajadores que a un deseo de éstos de «pasar». Este secretismo de la empresa le produce unos efectos indirectos que luego quiere compensar creando «círculos de calidad» referidos a temas concretos para intentar interesar al trabajador.

Pero si esta definición restringida de trabajador es normal en boca de Jordi Pujol, ya me resulta menos comprensible en boca de un alto dirigente de la UGT, cuando dice que «hablamos demasiado de trabajadores, olvidando que hay muchas personas en paro». ¡Como si el concepto de trabajador no incluyese siempre a los parados: a los trabajadores en paro! Este ya sería el colmo en la restricción del sentido de la palabra.

En cualquier caso, siempre se trata de vaciar de su sentido el componente de clase, porque quiere decirse que no existen «clases sociales», sino funciones individuales dentro de una división técnica del trabajo.